sino vé, mira las monjas,
verás cuán dulce me tratan.

Se atribuye igualmente á Rodrigo de Cota otro famoso diálogo pastoril, en el mismo género de coplas, entre *Mingo Revulgo y Gil Arribato*, que tiene por objeto criticar los desórdenes y calamidades del turbulento reinado de Enrique IV. Esta opinion, que es muy general, fué contradicha por Mariana, quien en el libro XXIII, capítulo XVII de su *Historia*, hablando de los escándolos que por los años de 1483 ofrecia Castilla, presa de la ambicion de los magnates que se burlaban de la debilidad del Rey, dice : « Llegó esto á tanto, que *Hernando del Pulgar*, hombre conocido en aquel tiempo por su ingenio, y por lo que escribió, trovó unas coplas muy artificiosas que llaman de *Mingo Revulgo*, en que callando su nombre, por el peligro que le corriera, en persona de dos pastores en lengua castellana, á manera de égloga, y con libertad y agudeza de sátira, se lamenta del descuido y flojedad de don Enrique, de las mañas de los grandes, y de los trabajos que todo el reino padecia. »

CAPÍTULO II.

Juan del Encina, Fernando de Rójas.

El primer autor que sin elevarse todavía á la altura de la comedia, sin pretenderlo siquiera, tuvo ya una tendencia dramática y dejó escrita una coleccion de piezas representadas en algo que se pareciera á teatro, fué Juan del Encina que floreció á fines del siglo XV y principios del siguiente. Nació en Salamanca, no se sabe á punto fijo en qué año, y estudió en aquella célebre universidad : pasó luegó á la Corte, y entró al servicio del duque de Alba. Ademas de sus talentos poéticos, poseyó los de excelente músico, y por ambos conceptos supo granjearse el afecto de su protector, habiendo compuesto la mayor parte de sus piezas dramáticas para representarlas en casa de aquel elevado personaje. Hizo largos viajes : estuvo en Roma, donde el Papa Leon X le nombró maestro de la capilla pontificia, recompensándole despues con el priorato de Leon. Hízose sacerdote, y en calidad de tal emprendió en 1519 el viaje á Jerusalen, acompañando á don Fadrique Enríquez de Ribera, primer marqués de Tarifa. Á su vuelta publicó en Roma, año de 1521, su peregrinacion puesta en verso, con el nombre de *Tribajia :* cumplidos los 65 años regresó á su patria, donde murió en 1534.

Con el título de *Cancionero* se publicó la coleccion de sus obras, en Salamanca, en 1496 y 1509, habiéndose hecho despues diversas ediciones; pero en el dia son rarísimos los ejemplares.

Fué Juan del Encina varon notabilísimo, y uno de los que contribuyeron á perfeccionar nuestra poesía, debiendo ser comprendido entre los mas ilustres poetas anteriores á Garcilaso. Ningun escritor del siglo XV le aventaja en dulzura, y él los vence á todos en naturalidad. Estudió con esmero su arte, y prueba de ello es su *Poética*, una de las primeras que existieron en castellano, y muy anterior á la de Juan de la Cueva de que en otro lugar hemos hablado. No es ciertamente una obra

comparable con las buenas poéticas que conocemos; pero es lo que podia ser en aquel tiempo limitándose principalmente á enseñar la manera de trovar, como se decia entónces. Principia por hablar del orígen de la poesía castellana, y sigue examinando los medios de hacer versos; señala su medida y los piés de que constan. Es notable la distincion que hace entre el poeta y el trovador. « Cuánta diferencia, dice, haya del músico al cantor, y del geómetra al pedrero, esta misma es entre el poeta y el trovador. » Por donde se ve que Encina conocia muy bien que para ser poeta no basta hacer versos ; y que una cosa es el mecanismo de su construccion, y otra el genio que les da valor y vida.

Tradujo en versos las églogas de Virgilio; y hé aquí el modo notable con que principia la primera.

Títiro, tú sin cuidado
que te estás so aquesta haya
bien tendido y rellanado;
yo triste y descarriado
ya no sé por do me vaya ;
¡ay carillo !
tañe tú tu caramillo,
no hay qué en congoja te traya.

Fué el primero que dió á la letrilla la gracia y facilidad que luego ha ostentado en poetas mas modernos, como se puede ver en la siguiente :

¡Ay triste! que vengo
vencido de amor,
magüera pastor.
Mas sano me fuera
no yr al mercado,
que no que viniera
tan aquerenciado :
que vengo cuytado
vencido de amor,
magüera pastor.
. . . . . .
Con risa alagüera
miréla y miróme :
yo no sé quién era;
mas ella agradóme
y fuese y dejóme
vencido de amor,
magüera pastor.
De ver su presencia
quedé cariñoso,
quedé sin vemencia,
quedé sin reposo,
quedé muy cuydoso
vencido de amor,
magüera pastor.

Entre otras poesías que pudieran citarse de Juan del Encina merece particular mencion, un diálogo entre él y el amor, muy parecido al de Rodrigo de Cota, en la misma clase de metro, y que principia así :

Anda, vete, burlador,
no pienses burlarme mas :

que los placeres que das
son de pasion y dolor :
eres, Amor, desamor,
un amigo y enemigo,
un favor y disfavor,
un temor y no temor,
andas burlando conmigo.
No te puedo tomar tiento :
eres cara con dos faces;
al tuyo menos aplaces,
das al tuyo mas tormento,
ya no quiero ni consiento
de ser tuyo ni tú mio :
yo firmeza en tí no asiento,
que te muda cada viento :
vete ya, que ya te envio.
Vete ya de mi querer,
déjame mi corazon;
no quiero tu galardon,
tu pesar, ni tu placer;
vete ya de mi poder,
no poses en mi posada.
Tu valer, aver, saber,
tu poder, querer, tener,
en mí ya no tiene nada, etc.

No se concederia ciertamente ahora á Juan del Encina el título de poeta dramático, si en nuestros dias viviese y diera á luz las sencillas fábulas que hizo representar en la casa de Alba, y cuyo argumento no ofrece siquiera el enredo del mas hulmilde sainete. Églogas llamó él á la mayor parte de estas piezas, y églogas son con efecto, reducidas á breves diálogos entre pastores, si bien introduce en ellas algunos personajes de mas alta categoría. No tenian, como hemos dicho, la pretension de ser obras drámaticas; componíanse con motivo de alguna festividad, particularmente para representarse la noche buena ó por semana santa, y concluían con canto, ó estaban intermediadas de baile; pero se ve que conforme se iba Encina ejercitando en este género, sus ideas se dilataban, daba alguna mayor complicacion al asunto, y se acercaba mas á la verdadera comedia. Ya presenta á dos ermitaños encaminando sus pasos al santo sepulcro, y saliéndoles al encuentro la Verónica; ya aparece en la escena un pastor triste, porque el duque se va á la guerra; y cuando está dando sus quejas á otro, llega un tercero trayendo nuevas de paz : unas veces varios palurdos, lamentándose de que viene la cuaresma, se solazan entretando comiendo y cantando : otras sale una patorcilla que yendo cantando, encuentra á un pastor, el cual empieza á requerirla de amores y llega luego un escudero que se la quiere quitar y se torna pastor por ella. Una de las mas complicadas de estas églogas es la que se ejecutó ante el príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, probablemente el dia de sus bodas. En ella se presenta el amor divirtiéndose en un soto vedado; sale un pastor y le amenaza; dispárale el amor una flecha y cae el zagal herido; acuden otros dos á su socorro, y llegando despues un escudero, y preguntando qué es lo que tiene aquel infeliz, respóndele que mal de amores; y concluye uniéndose todos para cantar

el Amor. Este, vanagloriándose de su fuerza y poder, tiene en el drama un razonamiento en extremo fácil y flúido : entre otras muchas cosas dice :

Yo pongo y quito esperanza,
yo pongo y quito cadena,
yo doy gloria, yo doy pena
sin holganza,
yo firmeza, yo mudanza,
yo deleites, yo tristuras
y amarguras,
sospechas, celos, recelos,
yo consuelo y desconsuelos,
yo ventura y desventuras.
Doy dichosa y triste suerte,
doy trabajo y doy descanso,
yo soy fiera y yo soy manso,
yo soy fuerte,
yo doy vida, yo doy muerte,
y cebo los corazones
de pasiones,
de suspiros y cuidados;
yo sostengo los penados,
esperando galardones.
. . . . . .
Hago de dos voluntades
una mesma voluntad :
renuevo con novedad
las edades,
y ageno las libertades;
si quiero, pongo en concordia
y en discordia;
mando lo bueno y lo malo;
yo tengo el mando y el palo,
crueldad y misericordia.

Escribió Encina todas sus églogas en versos cortos, excepto la de *Fileno y Zambardo* que está en coplas de arte mayor, cuyo estilo y versificacion tienen mucho mérito, como se puede ver por esta en que Fileno se queja de la crueldad de su querida.

La sierpe y el tigre, el oso y leon,
Á quien la natura produjo feroces,
Por uso de tiempo conocen las voces
De quien los gobierna, y humildes le son;
Mas esta, do nunca moró compasion,
Aunque la sigo despues que soy hombre,
Y soy hecho ronco, llamando su nombre,
Ni me oye, ni muestra sentir compasion.

Hé aquí una prueba de cómo manejaba el diálogo Juan del Encina, y por ella se verá que no le faltaba gracia ni soltura.

Escudero. Pastora, sálvete Dios.
Pascuala. Dios os de, señor, buen dia.
Escudero. Guarde Dios tu galanía.
Pascuala. Escudero, así haga á vos.

Escudero. Tienes mas gala que dos
de las de mayor beldad.
Pascuala. Esos que sois de cibdad
perchufais huerte de nos.
Escudero. Deso no tengas temor,
por mi vida, pastorcica;
que te hago presto rica,
si quieres tener mi amor.
Pascuala. Estas trónicas, señor,
allá para las de villa.
Escudero. Vente comigo, carilla,
deja, deja ese pastor,
Déjale que Dios le vala:
no te pene su penar,
que no te sabe tratar,
segun requiere tu gala.
Mingo. Estáte queda, Pascuala,
no te engañe ese traidor
palaciego burlador;
que ha burlado otra zagala.

Tuvo Encina algunos imitadores durante su vida: fué uno de ellos un tal *Lúcas Fernández*, salamanquino, autor hasta áhora desconocido, del cual existen seis farsas impresas en Salamanca, año de 1514.

En una novela titulada *Cuestion de amor* se halla tambien una égloga representada por aquel tiempo, y citada por Moratin en sus *Orígenes del teatro español:* en ella se encuentran versos de arte mayor, notables por su fluidez, de que son muestra los siguientes:

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!
¡Oh ansia rabiosa, mortal de sufrirse!
Ni puede callarse, ni osa decirse
El daño que acaba del todo mi vida.
Mi pena no puede tenerse escondida,
La causa no sufre poder publicarse
Ni para decirse, ni para callarse,
Ni entrada se halla, ni tiene salida.

Otras muchas composiciones de esta especie se representaron por entónces en los palacios de grandes y reyes; pero la obra mas importante que en la misma época vió la luz pública, fué la *Celestina*, uno de los monumentos de nuestra antigua literatura, donde ya el habla castellana se ostenta con toda su gala y lozanía.

No puede en rigor considerarse este libro como una obra dramática; ni es dable representarla á causa de su extension, ni su autor la compuso para que lo fuese: en realidad no es mas que una novela en diálogo. Pero si en conjunto le falta el requisito esencial de ser adaptable á la escena, en sus diférentes partes tiene todas las dotes que caracterizan el poema dramático, particularmente la viveza y propiedad del diálogo; de forma que si la *Celestina* no es una verdadera comedia, ha debido influir no obstante infiniio en los progresos de nuestro teatro. Por cansa de ella sin duda empezaron nuestros ingenios á dar mayor extension á la fábula y á enredar mas sus argumentos harto sencillos hasta entónces: se pasó de las églogas de Encina, á piezas ya verdaderamente cómicas; pero en la que se la tuvo sobre todo presente

fué en la pintura de los caractéres y en la forma del diálogo, cuya imitacion es visible en los dramas que la siguieron hasta Lope de Vega.

La *Celestina* es obra de dos autores, aunque no falta quien sostenga ser de uno solo, que escribió el primer acto como para prueba, y los demas mucho despues para completar la obra. Sin embargo, la opinion general atribuye el primero á *Rodrigo de Cota*, el mismo que compuso el Viejo y el Amor: en cuanto á los veinte actos que siguen, fueron escritos por *Fernando de Rójas* que lo declara así en unas coplas acrósticas que acompañan á la obra y cuyas primeras letras dicen: *el bachiller Fernando de Rójas acabó la comedia de Calixto y Melibea, é fué nascido en la Puebla de Montalvan.* El estilo y lenguaje de las dos partes son iguales, y pudieran creerse de un mismo autor, aunque tal vez no es tan feliz en las pinturas la segunda como la primera. Sea de esto lo que fuere, el primer acto salió á luz algun tiempo ántes con el nombre de comedia; y su continuador Rójas, que dice haber hecho los veinte restantes en unas vacaciones de quince dias (rara facilidad por cierto), le dió el nombre de *Tragicomedia de Calixto y Melibea* por el fin desgraciado que tienen la mayor parte de los personajes. La boga de esta obra fué tal, que en poco tiempo se hicieron de ella infinidad de ediciones, y se tradujo inmediatamente al frances y al italiano.

El argumento se reduce, en pocas palabras, á lo siguiente:

Calixto y Melibea son dos jóvenes de buena familia: aquel quiere ciegamente á Melibea, mas no puede verla por estorbárselo la vigilancia de los padres. Aunque pudiera pedirla en matrimonio, se vale de una tercera llamaba *Celestina,* que logra reducirla, empleando conjuros, y corrompiendo á los criados. Triunfa Calixto de Melibea: síguense á esto multitud de lances que cada vez se van haciendo mas trágicos. Celestina muere á manos de los criados de Calixto, por no querer partir con ellos sus ganancias; perseguido Calixto por los amantes de aquella que buscan gente para matarle, cae de una escala y muere; Melibea se arroja desde un terrado á la vista de sus padres.

Por este corto análisis se ve que la escena debe variar frecuentemente; y así sucede, no guardándose en esto regularidad alguna. Mas no es el plan el mérito que se debe buscar en este drama: la pintura de caractéres hecha con naturalidad y una verdad admirable, la belleza de muchas descripciones, la gracia y los chistes de que abunda el diálogo, siempre fácil, natural y vivo; la hermosura del lenguaje tan flúido y armonioso; tales son las dotes con que brilla esta composicion única en su especie; pues aunque muchos han tratado de imitarla, todos se han quedado muy atras, y sus obras yacen olvidadas.

Desluce á veces el estilo, la afectada erudicion (particularmente en la mitología) que muestran todos los personajes, hasta los mas bajos é ignorantes; pero defecto era este de la época, y de él no podia Rójas eximirse. La verdadera falta que á nuestros ojos tiene la *Celestina*, es la inmoralidad: el objeto de los autores fué sin duda bueno, se propusieron alejar á los jóvenes de un amor ilícito con la pintura de los males á que puede arrastrarlos; mas presentando á sus ojos cuadros repugnantes de inmoralidad, caractéres viles y perversos; poniendo, en una palabra, al descubierto toda la fealdad de las maldades humanas, no sé si consiguen mas bien depravar el corazon con el aliciente de los malos ejemplos, que escudarle contra el vicio por medio del

escarmiento. De todos modos es preciso guardarse mucho de una doctrina, á cuya sombra se convertiria el teatro en espectáculo de todas las maldades humanas; doctrina que, habiendo prevalecido no há mucho, engendró esos monstruos de obscenidad y corrupcion que mancharon la escena, que alejaron de las representaciones á todas las personas honradas, y que por fortuna van desapareciendo.

Para muestra del estilo de la *Celestina*, pondremos aquí el siguiente diálogo, en que aquella vieja taimada empieza á seducir á *Melibea*.

Celestina. Pues si tú me das licencia, diré la necesidad y causa de mi venida.

Melibea. Dí, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de buen grado lo haré por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligacion á los buenos.

Celestina. ¿Mias, señora? Ántes ajenas, como tengo dicho : que las mias de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo; que con mi pobreza jamas me faltó, gracias á Dios, una blanca para pan, y cuatro para vino, despues que enviudé, que ántes no tenia yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba en un cuero en casa. Uno lleno y otro vacío. Jamas me acosté sin comer una tostada en vino, y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo (mal pecado!) me lo traen, que no cabe dos azumbres. Seis veces al dia tengo de salir por mi pecado con mis canas á cuestas á la taberna..... Ha venido esto, señora, por lo que decia de ajenas necesidades y no mias.

Melibea. Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

Celestina. Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que la lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará segun la mucha devocion tiene en tu gentileza.

Melibea. Vieja honrada, no te entiendo, si mas no me declaras tu demanda..... No cese tu peticion por empacho ni temor.

Celestina. El temor perdí, mirando, señora, tu beldad : que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos mas perfectos que otros, mas hermosas facciones, sino para hacerlos almacen de virtudes, de misericordia, de compasion, ministros de sus mercedes y dádivas, como á ti.

Melibea. Por Dios, sin mas dilatar, me digas quién es ese doliente.

Celestina. Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara sangre, que llaman Calixto.

Melibea. Ya, ya, ya, buena vieja, no me digas mas : no pases adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda? ¿Por quien has dado tan dañados

pasos, desvergonzada barbuda? ¿Qué, qué siente ese perdido, que con tanta pasion vienes? De locura será su mal. Quemada seas, alcahueta, falsa, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros. Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, de delante; que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo.

Celestina. (En hora mala vine acá si me falta mi conjuro. Ea pues, bien sé á quien digo. Ce, hermano que se va todo á perder.)

Melibea. ¿Aun hablas entre dientes delante de mí, para acrecentar mi enojo y doblar tu pena? Querias condenar mi honestidad por dar vida á un loco; dejar á mí triste por alegrar á él, y llevar tú el provecho de mi perdicion, el galardon de mi yerro; perder y destruir la casa y honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita, como tú?

Celestina. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás como es todo mas servicio de Dios, que pasos deshonestos; mas para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensára, señora, que tan de ligero habias de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastára tu licencia para me dar osadía á hablar cosa que ni á Calixto ni á otro hombre tocase.

Melibea. Jesú, no oiga yo mentar mas ese loco, salta paredes, fantasma de noche, luego como cigüena, figura de paramento mal pintado, sino aquí me caeré muerta. Este es el que otro dia me vió, y comenzó á desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galan. Dirásle, buena vieja, que si se pensó que ya era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué mas de consentir sus necedades que castigar su yerro; quise mas dejarle por loco, que publicar su atrevimiento...

Celestina. (Mas fuerte estaba Troya, y aun otras mas bravas he yo amansado : ninguna tempestad mucho dura.)

Melibea. ¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO III.

Esfuerzos hechos ántes de Lope de Vega para aclimatar el teatro clásico.

Hemos visto en los capítulos anteriores, como la poesía dramática iba naciendo espontáneamente entre nosotros, sin tener cuenta con recuerdos de literaturas anteriores, y únicamente en virtud de la natural propension del hombre á las representaciones escénicas, propension que se manifiesta con breves y toscos ensayos aun en el estado de barbarie de las naciones, pero que se desarrolla rápidamente, y llega pronto á su perfeccion, cuando la civilizacion alcanza cierto grado de altura. Si hasta aquí solo se nos han presentado imperfectos ensayos, ya en la Celestina se descubre un gran genio dramático, y por los